

CAPÍTULO 1

Llorar en público era, probablemente, lo que más odiaba en la faz de la Tierra. Llorar, en líneas generales, era odioso, pero hacerlo delante de todo el mundo, que te miraran con esas expresiones de pena e intriga, como si fueran a entender algo, como si pudieran, con sus palabras empalagosas, marcar la diferencia... Eso lo hacía peor.

Así que no lloré. Contuve las lágrimas, aunque me escocían los ojos como si mi vida dependiera de ello.

No recordaba la última vez que las emociones me habían sobrepasado de esa manera, como una estampida desenfrenada, pisoteándome el cuerpo sin piedad. Sentimientos vertiginosos que me retorcían las entrañas con violencia. La furia era un sentimiento sencillo, lo había aprendido hacía mucho tiempo. También aprendí que todo —miedo, desagrado, inseguridad, dolor— podía traducirse al lenguaje de la ira, y la ira era increíblemente similar a la indiferencia.

Saber eso hacía más frustrante no poder recomponerme. Tantos años deformando sentimientos y esculpiendo furia y, sin embargo, la más estúpida de las pequeñeces me había dejado hecha un lío.

Era pequeño, o lo había sido al principio, como todas las cosas que duelen y te pillan desprevenida: una inundación empieza con una gota, un terremoto con un temblor, una muerte con una exhalación y, por supuesto, un sentimiento con un error. En mi caso, hubo muchos errores y, de golpe, también muchos sentimientos, demasiados.

Demasiado abrumadores. Demasiado caóticos. Demasiado aterradores.

En seis meses, las preocupaciones que me nublaban la vista solo serían recuerdos distantes. Ese momento de mi vida solo era un medio para un fin; con la universidad a la vuelta de la esquina, había cosas que merecían mucha más atención que los hechos que me habían llevado al bullicioso parque en el que me encontraba.

Y a pesar de que me repetía eso una y otra y otra vez, la frustración, la ansiedad y la culpa me habían hecho un nudo en el estómago, y yo lo envolvía con los brazos como si solo fuera un malestar pasajero.

Puse tanto empeño en distraerme de mi interior que mi desconexión con el exterior —el ruidoso parque, con niños correteando y madres que los seguían, algún que otro corredor o ciclista cuyo trayecto zumbaba a mis espaldas, el cielo despejado y brillante de las cuatro de la tarde, el incómodo banco de piedra sobre el que me había desmoronado— me cogió por sorpresa. Tenía los ojos cerrados con fuerza, sin ser consciente del dolor de cabeza que esto empezaba a provocarme, cuando el roce de un sujeto peludo contra el tobillo me sobresaltó. Sin embargo, mi único movimiento fue un rápido parpadeo. Entonces vi un gato gordo de pelaje atigrado. Lo más llamativo era el collar que llevaba, unido a una correa con el extremo roído. Se me paralizó el cuerpo. El pelo me

había caído a ambos lados de la cara como una cortina, pero ni siquiera me moví para apartarlo. Sin importar cuántas veces me hubieran hablado de gatos y perros, o el cariño nato de los animales domésticos, en ese momento no estaba para razonamientos lógicos. Nunca había estado cerca de uno, y menos uno así, que parecía atraído por mis botas.

Una segunda voz, casi tan suave como el pelaje del animal, se coló entre la de mis pensamientos.

—¡Kai! —Tres letras cargadas de alivio me acariciaron mientras el dueño se acercaba. Unas manos varoniles, con dedos largos manchados con infinidad de colores, irrumpieron en mi campo de visión para coger a la bestia, que se negó a ir con él. Solté un chillido cuando se escurrió entre mis tobillos, impulsándose con un solo salto hacia mi regazo. De manera instintiva, el desconocido se alejó un par de pasos. Dejé de verle las manos, como si las hubiera levantado en señal de rendición—. Le gustas —soltó. Estaba segura de que sonreía, pero tenía los ojos clavados en el animal, temiendo que me atacara ante el más mínimo despiste—. A Kai no le gusta mucha gente —continuó con su explicación—, como habrás notado.

Yo, que el segundo anterior estaba a punto de llorar, a duras penas podía procesar sus palabras. Cuando levanté la vista para encontrarme con la del desconocido, con el único objetivo de que se llevara a su gato de mierda y su palabrería incesante, el nudo que tenía en la garganta se hizo más fuerte.

Primero caí en la cuenta de que tenía unos ojos preciosos, de color avellana, rodeados por un halo de pestañas densas que los hacían infinitamente profundos. Después, en que sus rasgos habían sido trazados delicadamente, con una nariz perfilada y unos pómulos remarcados, bronceados por lo que

parecían horas al sol. Llevaba la cara, las manos y la mata de rizos castaños, que le caían sobre la frente, salpicadas con pintura amarilla y naranja. Por último, vi una sonrisita despreocupada que tembló un poco, desdibujándose en una mueca de incertidumbre al ver mi expresión.

Podía imaginármelo perfectamente. Toda la vida había tenido el mismo evidente problema, aparte del llanto. A diferencia de muchos afortunados, cuando la angustia se hacía demasiado fuerte y me empeñaba en esconderla, se me llenaba la cara de manchas rojas, que resaltaban mi palidez. Solían salir alrededor de los ojos y la nariz, pero la situación en las mejillas o la barbilla no era mucho mejor. Una vez, mi madre me dijo que hacía que mis ojos tuviesen un aspecto tétrico, casi translúcidos.

Pero, como lo último en lo que quería pensar era en mi madre y los terribles consejos que le había dado a la niña de seis años que una vez fui, parpadeé rápidamente para alejar las lágrimas, logrando una imagen más clara —y no por ello menos atractiva— del chico que tenía delante.

—Si esto es por Kai, juro que es un santo. No te asustes. —Me fijé en que tenía el otro extremo de la correa enredada entre los dedos y que su voz había adquirido un tono a medio camino entre el consuelo y la gracia, pero que, quizá porque estaba demasiado conmocionada para admitir más sentimientos en mi sistema, no me molestó tanto como debería. De hecho, tenía una voz casi relajante—. Solo odia la correa.

—¿Un gato con correa? —No era lo que tenía planeado decir, pero me conformé al ver que no me temblaba la voz. Parecía que tenía una montaña de piedras afiladas en la garganta: una por cada lágrima que me negaba a soltar.

Él se encogió de hombros y, como si mis palabras hubieran

sido una invitación, se sentó a mi lado. El gato emitió un rugido patético que, si bien no surtió efecto en el invasor, consiguió que se me tensara la espalda.

—Si fuera por él —explicó el desconocido girándose hacia mí con una sonrisita carismática—, solo se levantaría para comer. Así que cuando empezó a engordar, llegamos a la conclusión de que debíamos hacer algo al respecto. Ya lo ves, a Kai no le pareció la mejor opción —dijo, señalando con la cabeza la mitad de la correa rosa que sostenía entre las manos—; es la segunda que rompe.

No parecía avergonzado de pasear un gato gordo y malhumorado con una correa como si este tuviera complejo de perro, así que no comenté nada. Además, empezaba a relajarme un poco. Casi lo suficiente como para olvidar la causa de mi conmoción.

Casi. El recuerdo de la chica asustada en el suelo seguía revoloteando por algún lado de mi mente. Ella, a diferencia de mí, no había sido capaz de retener las lágrimas, que se le habían escapado a sacudidas del cuerpo. Había llegado a pensar que iba a partirse en dos si seguía llorando de esa forma, forcejando contra las manos que tiraban de ella.

—No me creo que se esté dejando acariciar. —La voz del desconocido me obligó a girar la cabeza, volviendo a encontrarme con sus ojos, que parecían más sorprendidos que yo al verme deslizar los dedos por la cabecita del gato—. Pensaba que odiaba a todo el mundo. Ahora empiezo a creer que solo me odia a mí.

No pude evitar esbozar una sonrisa, por más débil que fuera, ante la forma en la que se reía de sí mismo. Me hubiera gustado tener ese poder.

Alzó las espesas cejas con indignación fingida.

—¿Te divierte? —Estaba sentado en el extremo opuesto del banco, lo suficientemente lejos como para ser respetuoso y poder hablar en un tono moderado.

—¿Que tu propio gato te odie?

—Dicho así es un poco patético, ¿no?

—Un poco.

—Al menos mi gato y su odio hacia mí te han distraído.

Por más verdad que hubiera en esas palabras, el recuerdo me volvió a sorprender, así que volví a centrarme en el felino. Estaba muy a gusto en mi regazo. Me sorprendió el consuelo que esa bola peluda me ofrecía. Quizá porque teníamos el mismo humor nefasto y el mismo deseo de escapar.

El chico soltó un «maldición» por lo bajo, como si le avergonzara utilizar ese vocabulario, y enseguida se disculpó.

—Lo siento, no debería haberlo mencionado. No estoy acostumbrado a consolar a chicas en parques.

—No me digas. Se te da de lujo.

Se le iluminaron los ojos.

—¿De verdad?

—No —mentí, disfrutando del bufido irritado que dejó escapar al apoyar los antebrazos en las rodillas—. Pero tampoco necesitaba consuelo.

—¿Entonces llorabas por *hobby*? —se mofó.

—No lloraba.

«Excelente respuesta, Aspen. Simplemente excelente».

—Ah, ya veo —contestó con evidente burla—. ¿Se puede saber por qué no llorabas, entonces?

Y aunque sabía que era un chiste, me costó Dios y ayuda no romperme cuando abrí la boca para contestar. Se me escapó un ruidito tan penoso como el intento de rugido del gato que tenía encima de las piernas.

La visión de mis amigas me pegó con fuerzas renovadas. Esas que hacía no tanto parecían lo mejor de lo mejor, derramando insultos sobre la chica pelirroja como si fueran agua. Si bien Fallon y el resto habían mostrado comportamientos similares otras veces, nunca habían sobrepasado los empujones o los insultos breves. Y aunque nunca me regodeé o participé, tampoco intervine. Siempre me quedaba a un lado con una sonrisita de suficiencia ligera, pero notoria, para que no me criticaran por amargada.

Hasta el día de hoy, no habíamos sabido con quién engañaba Darren a Fallon. Cuando salió a la luz que era la chica pelirroja que iba un curso por debajo, a nadie se le ocurrió que Fallon debería cortar con Darren Wes. Eso sería una locura.

Lo que había que hacer era mucho más obvio y sencillo. Lo hablaron como cuando íbamos de compras: con sonrisas de diversión y chillidos exaltados. Cuando el timbre tocó a última hora, sorprendimos a la pelirroja. Me alegré de no haber prestado atención mientras lo planeaban todo, porque no sé si hubiera sido capaz de mantenerme al margen mientras Maggie y Ashleigh la empujaban, cogiéndola una de cada brazo, dejando paso libre al puño de Fallon.

Un escalofrío me recorrió la columna.

—Ey, ¿qué pasa?

Me molestaba. Me molestaba de una manera retorcida que un extraño pareciera más preocupado por mí que la gente que me rodeaba, y me molestaba no poder contenerme y mostrarme erguida y perspicaz como siempre. Estaba hecha un completo desastre. Y lo que más me pesaba era que ni siquiera tenía fuerzas para enfadarme con él o mentir. De todas formas, ¿cuánto más bajo podía caer?

—Soy una persona horrible —solté, sin animarme a desviar

la mirada del animal y aprovechándome de la privacidad que ofrecía que el pelo me cayese alrededor de la cara en mi encorvada postura. Si me viera cualquier compañero de clase, mi reputación moriría. Pero ahora mismo, había pocas cosas que me importaran menos.

—Estoy seguro de que todos nos sentimos así en algún momento. —Su serenidad era contagiosa, peligrosamente adictiva. Por supuesto, él no lo entendía. Era la clase de chico que se paraba a animar a una fracasada solitaria en un parque lleno de niños. Dudaba que supiera lo que se sentía al ser mala persona.

Pero me callé esos pensamientos, limitándome a negar con la cabeza. Me incomodaba la mera idea de compartir la horrible causa de mi estado con él. A pesar de ser un desconocido, emanaba la típica calidez de quienes viven de actos amables, y, aunque sabía que era estúpido, no quería que él lo confirmase. Solo quería que dijera algo, aunque fuera alguna tontería sobre el gato que dormía a pierna suelta sobre mi falda de estampado escocés.

Lo miré —siendo sincera, no podría explicar por qué lo hice— y, durante una fracción de segundo, creí ver algo más que la comprensiva pena en su mirada. Algo que esperaba, debajo de la pintura que le salpicaba las mejillas, de forma inquietante. Quería decirle algo, pero temía que, al hacerlo, se me desatara la garganta y colapsara el débil dique que contenía mis lágrimas.

Para mí suerte o desgracia, no llegué a definir su abatimiento ni a abrir la boca, porque el irritante chirrido de su móvil nos sobresaltó a ambos.

Levantó la cadera en un movimiento un tanto forzado para poder sacárselo del bolsillo delantero. Me sorprendió el

contraste del dispositivo moderno con su ropa: una sudadera grande y suave por los años de uso, vaqueros desgastados y, por si fuera poco, unas Vans a las que un ejército de arcoíris había atacado de tal manera que apenas se podía distinguir su color negro original.

Con un rápido toque y evidente apuro, lo silenció. Entonces me di cuenta de que llevaba las manos manchadas de pintura azul.

Me volvió a mirar y, cuando habló, casi me creí que lo sentía de verdad.

—Alarma —explicó, como si mereciera saber el motivo de la interrupción—. Aunque me encantaría dejarte el gato, en casa me matarían. —Me dio un vuelco inesperado el corazón al ver como se deslizaba hacia mí sobre el banco—. Así que me disculpo de ante mano por el posible alboroto. —No entendía de qué hablaba y estuve a punto de sacar el gas pimienta del bolso cuando cogió al gato, que soltó un maullido furioso digno de un león al despertarse.

«El gato, paranoica, solo quería coger al gato». Mi propio reproche casi me hace bufar, tanto de alivio como de frustración. Mi instinto no era tan irracional. A todos nos enseñan desde niños a desconfiar de los desconocidos.

Volví a mirarlo y acepté la ridiculez de mi pensamiento al verlo sostener al gato, que repartía arañazos a diestro y siniestro, lo más lejos posible mientras lo reñía como si se tratara de un niño revoltoso. «No. Malo. Kai, malo. ¿Con que así van a ser las cosas? No pienso darte más atún, bola de sebo». Las muñecas y los brazos no se salvaron de los arañazos, y sonreí irónica al ver cicatrices y heridas de guerras similares. Algunas eran más gruesas y largas, otras tan finas sobre la bronceada piel que había que prestar atención para verlas. Y yo

estaba prestando atención, reconocí, apartando violentamente mis pensamientos de los brazos fuertes que se adivinaban bajo las mangas del abrigo. Agradecí a Dios —aunque se lo debía a Kai— que él estuviera demasiado ocupado apaciguando a la fiera como para darse cuenta de que me había puesto roja.

La situación se alargó un par de minutos, hasta que me arriesgué a recibir un par de heridas yo misma. Acerqué una mano temblorosa a la cabeza del animal, tratando de ignorar con todas mis fuerzas el calor que desprendía el muslo de mi compañero de banco. El gato dejó caer todas sus defensas cuando le acaricié detrás de la oreja, reemplazándolas por una inclinación notoria de cabeza hacia mí.

Incluso con el miedo de incentivar un nuevo ataque felino, alejé la mano en cuanto pude. El dueño enseguida tomó mi lugar. Me molestó cuánto a mi cerebro le costó aceptar el descaro que hubiera significado quedarme así de cerca, pero me limité a entenderlo y a separarme del chico hasta volver a nuestra distancia inicial. El frío era más punzante ahora que había perdido el contacto con su pierna.

Una vez más, el desconocido me halagó con un gesto de incredulidad mientras se ponía al gato en las piernas.

—Estoy muy indignado —acotó de forma acusatoria, alternando la mirada entre el gato y servidora—. Casi dos años trabajando con animales, pero no había manera de que este fuera tan manso, mucho menos con tan poco esfuerzo.

La absurda naturaleza de la situación —una chica como un tomate, un chico que era más pintura que humano y un gato furioso— me robó una risa breve y arenosa, un poco agría, pero sincera, seguida de un gesto de indiferencia.

—Los amargados nos llevamos bien entre nosotros.

Kai, desde su cómodo lugar, soltó un maullido que, de no ser por su claro estado de dormitación, habría jurado que era una afirmación. El chico se levantó un segundo después, ocultándose su expresión.

Al encararme, con el gato en brazos como si fuera un bebé despatarrado, su sonrisa me mostró por primera vez —o tal vez solo era la primera vez que yo le prestaba atención a esta y al metro ochenta del sujeto— un set impecable de dientes blancos. Solo la miré un segundo, pero fue suficiente para darme cuenta de que tenía un diente un poco roto y un hoyuelo en la barbilla.

—Intenta no ser una amargada...

—Aspen.

Me miró de arriba abajo, como si analizara si el nombre me pegaba, y sonrió aún más. No pareció darse cuenta de la ola de calor que me golpeó el pecho.

—Aspen —repite—, espero verte pronto y bien, pero ahora debo irme corriendo porque llego tarde.

Y no me dio tiempo a responder, razonar, o preguntarle cómo se llamaba, antes de que saliese disparado por donde había venido, con su gato malhumorado y una pequeña porción de mis preocupaciones.

No llegué a decirle que yo esperaba no verlo nunca más.



Cuando llegué a casa, no me sorprendió que el griterío continuara. Las voces de mamá y papá se superponían entre sí. Ninguno escuchaba al otro y las ideas, tanto las lógicas como

los insultos incoherentes, se perdían. Este era el día a día de la casa Vann. Supuestamente los ucranianos se caracterizaban por tener un carácter severo pero controlado, era una pena que mis padres solo hubieran heredado la primera mitad. Tenían menos control que simios hambrientos en una jungla sin bananas. Así se vivía en mi casa, con el coro de sus quejas como música de fondo.

No se dieron cuenta de que había llegado —como tampoco lo habían hecho la primera vez, a eso de las tres y media de la tarde—, o si lo hicieron, no les pareció una razón válida para parar de discutir, así que me escabullí lo más rápido que pude a mi habitación, cerrando la puerta a mis espaldas. El intento de sofocar sus voces fue en vano.

Las paredes blancas y desnudas del cuarto me invitaron a caer sobre el colchón y las mullidas almohadas. No lloré, ya había perdido demasiado tiempo lamentándome en el parque. Si no lo había hecho ahí, no lo haría ahora. No podía seguir perdiendo tiempo con tonterías.

Lo que había pasado con la pelirroja al salir de clase ya me había distraído lo suficiente. Lo que le pasara a esa chica no era mi problema, y por ende no merecía ni un segundo más de preocupación por mi parte. Había sobrevivido toda la secundaria con una única idea clara en mente: cada uno por su cuenta. Si me dedicase a ir por la vida defendiendo a todos los que alguna vez habían sufrido las pullas de Fallon, acabaría siendo uno de ellos, y no era algo que me interesara. Lo importante ahora mismo era pegarme a Fallon, Ashleigh, Maggie y Claire. Con ellas a mi lado, me aseguraba tranquilidad el resto del año, que era todo lo que podía pedir.

Además, era importante recordarle al resto del mundo cuál era su lugar. No podíamos dejar que actuasen como lo hacíamos

nosotras, porque entonces pensarían que éramos iguales, y dejarían de respetarnos. Eran cosas necesarias.

Por primera vez, ese pensamiento no me reconfortó.

Recostada de espaldas, encontré en la pared opuesta el único adorno de toda la habitación: un corcho con un calendario, *post-its* organizados por colores y prioridad, y un enjambre de notitas de impecable caligrafía con recordatorios. En medio se erguía el cartel que no paraba de mirar en busca de motivación. Este, en letras anchas y decoradas en verdes y lilas claros, decía:

6 meses

Seis meses para acabar la secundaria que todos temían dejar, seis meses para ser libre e irme a la universidad más lejana que me aceptara.

El miedo y las ansias me invadían a partes iguales al pensar en cambiar el cartel por el de «5 meses» que ya tenía listo y bien guardado en los cajones del escritorio. Porque, a pesar de tener ya planeada la lejanía y los detalles de la vida que gozaría en un par de años, aún no había tomado las decisiones más importantes. No tenía ni la más mínima idea de lo que quería estudiar y el mero hecho de pensarlo me generaba un ahogo sofocante.

En parte, eso se había sumado a mi estrés de esa tarde, junto con la discusión de mis padres.

Después de que hubieran anunciado la proximidad de las fechas de envío de las solicitudes a las universidades, el mundo se paralizó a mi alrededor. Fue como un balde de agua fría. Creía tener todo el tiempo del mundo para tomar una decisión, pero, de la nada, se convirtió en otra mentira. Estaba entre la espada y la pared.

Y esa colisión de sentimientos me llevó a una huida más patética que épica. No estaba segura de cuánto tiempo había estado en el parque, solo que hubo un claro antes y después. El antes, más sofocante, que me había dejado con las manos temblorosas y las ideas difusas, que había llegado a su fin con un gato de ojos amarillos. El después, cuando su dueño ya se lo había llevado, más calmado y reflexivo. Pensándolo bien, quizá había un durante, entre el antes y el después. En este, con la compañía del chico de colores, casi olvido el antes y todos los errores que habían desatado el caos en mi interior.

«Espero verte pronto y bien», había dicho él, con esa sonrisa radiante. Solté un bufido al recordarlo. Lo último que quería era volver a encontrarme con alguien que me había visto en ese estado lamentable, alguien que se había acercado peligrosamente a mis pedazos en mi mayor momento de debilidad.

La ilusión de tener a alguien que se preocupara por mis problemas había sido agradable los minutos que había durado, pero sabía que acabaría pronto, como lo hace un paquete de galletas o el calor del verano. Quizá lo más molesto no era que lo hiciera, sino encontrarme a mí misma deseando que volviese a suceder, aunque solo fuera una vez.

«Desilusión», pensé con rechazo, «qué sentimiento tan absurdo».



Ni siquiera con los auriculares a todo volumen pude ahogar el bullicio proveniente de la cocina y casi di un grito de alivio cuando este desapareció abruptamente. Lo único que me

retuvo fue el miedo a advertirles de mi presencia. Sin embargo, todas las precauciones fueron en vano y, dos horas más tarde, asomó por la puerta una mata revuelta de pelo gris, arreglada con cuidado para ocultar la incipiente calvicie de mi padre.

Me sonrió, esa sonrisa triste que no conseguía disimular su miseria, como si con eso pudiera borrar los gritos que habían inundado la casa toda la tarde.

—Penny, no sabíamos que estabas en casa. ¿Vas a cenar? —No me dejó responder—. Bueno, pide lo que quieras, hay dinero en el jarrón. Mamá está en otra cena de trabajo y yo ya he comido.

Tampoco esperó respuesta en esta ocasión, cerró la puerta todo lo rápido que pudo, como si a penas tolerara verme.

Fui al baño, dejando las carpetas cuidadosamente cerradas en una esquina del escritorio y marcando las tareas que me había sacado de encima. Estaba agotada, quería quitarme todo el maquillaje antes de ir directa a la cama, pero me distraje con mi reflejo.

Al remover los restos de corrector, me impresionó ver que tenía unas ojeras pronunciadas. Los labios, bajo todo ese *gloss*, estaban pálidos y resecos. Deslicé los dedos por mi mejilla, como para asegurarme de que fuera real. Entonces mis ojos me devolvieron la mirada y di un paso atrás al ver la pesadumbre que cargaban. El corazón se me convirtió en piedra del susto. Al enjuagarme la cara, la máscara se había corrido por los pómulos y ahora serpenteaba entre las pecas, dándole a mis ojos un tono gris más pálido que de costumbre. Los mechones húmedos se me pegaban al rostro, enmarcándolo con un rubio casi blanco.

No pude recordar la última vez que me había visto tan mal. En momentos así, veía en mí la sombra de mi padre, con

sus rasgos afilados —aunque la nariz pequeña era de mamá—, pero también esa tristeza que le inundaba la mirada, incluso tras esbozar la sonrisa más bonita del mundo.

Parecerme a mis padres, ¿en qué momento no lo había querido evitar? Y, sin embargo, aquí estaba, un calco de ambos. Quien quisiera, podría ver en mí la vivaz arrogancia de mamá, y quién me conociera de verdad, el derrumbado espíritu de mi padre, oculto tras la misma adicción al trabajo. Tragué con fuerza al pensar que esto último —aunque disfrazado bajo maquillaje y la poca dignidad que me quedaba— era lo que había visto el chico del parque.

Ese pensamiento intrusivo me sacó de mi trance y me empué en terminar lo que había empezado para escapar lo antes posible de la chica del reflejo.

Me acosté tras replantearme la oferta de papá. No era ni capaz de pensar en comerme una lechuga. Todo lo que había pasado durante el día me había revuelto el estómago. El anuncio de las universidades, la chica pelirroja, el griterío de mi propia casa, el gato y su dueño, la debilidad que había mostrado en ese momento, mi reflejo fantasmagórico...

Apagué la lámpara, buscando consuelo en la oscuridad, y decidí que había llegado el momento de dejar de ignorar a mis amigas.

Los primeros mensajes eran sobre una tal Avery. Pronto me enteré de que era la chica pelirroja, así que los salteé con la sensación de que se me había encogido el pecho, fiel a mi decisión de no hacerme cargo de las penas de los demás.

El siguiente mensaje me sorprendió. «El merecido descanso tras volver a clase», había escrito Fallon. ¿Descanso? No llevábamos ni una semana de clases después de las vacaciones de Navidad y ya estaban planeando ir a otra fiesta.

Y, sin embargo, en contra de toda cordura, volví atrás y releí el mensaje. Vi la excitación de todas y pensé que podría guardarme las excusas aunque fuera una sola vez. Fallon tenía razón. Estaba cansada de verdad. Cansada de las responsabilidades, de pensar, de sentir y del inmenso vacío que se negaba a dejarme. Así que, cuando preguntaron quienes se apuntaban, respondí con una sola palabra:

YO.